



SE BUSCA  
NOVIJA

RICARDO ESTRADA



# Índice

1 .....	7
2 .....	23
3 .....	39
4 .....	59
5 .....	75
6 .....	95
7 .....	105
8 .....	119
9 .....	125
10 .....	131
11 .....	161
12 .....	175
13 .....	183
14 .....	197
15 .....	205
16 .....	213

## La muerte de una gran compañera

Fredo Caminante era un adicto a los videojuegos. Desde que compró su primera consola, a la edad de diez años, abandonó por completo toda actividad física y social. Su papá, el señor diputado Danilo Caminante Aguilar, no tenía ningún problema con esta adicción. Es más, siempre le confiaba en extremo su tarjeta de crédito para hacer compras en línea.

Sin embargo, doña Mayra de Aguilar no estaba nada contenta con el hecho de que su hijo tuviera una rutina poco saludable. «Ya lleva mucho tiempo encerrado en la casa», repetía a cada rato. «Yo no era así a su edad. A los dieciocho años siempre me gustaba estar afuera, hablando con mis amigas o vendiendo *cupcakes* a las vecinas».

—Amor, ¿no te parece que Fredito necesita salir más?  
—Sentada frente a su espejo *touch*, se deslizaba en sus redes sociales. Veía con mucha felicidad las fotos de sus conocidos; sin embargo, hubo una que le picó su instinto de criadora... La molestia: la foto de un joven, hijo de una amiga del colegio, celebrando su cumpleaños en un restaurante, rodeado de su novia y sus amigos.

—¿Por qué preguntas? Yo lo veo perfectamente bien. Saca buenas notas, y no anda aplanando las calles como muchos vagos. —Su rostro, gordo y calvo, mostraba cierta decepción por la pregunta tan innecesaria y ambigua de su esposa.

8 —Que sea feliz no significa que lo que hace esté bien. Si no, mira a toda esa gente obesa que sale en la tele. Esos supergordos que comen tanto que les es imposible levantarse. Imagina quién los limpia cuando tienen que ir al baño. —Mayra de Aguilar volteó a ver al inodoro de su lujoso baño, no quería imaginarse siendo esa mamá. Esa que, por consentidora, terminaba cargando un bebé de doscientas libras.

Mayra de Caminante era una belleza natural. Cuando no tenía maquillaje, la confundían con una treintañera, aunque era mucho mayor. También era muy comprensiva y tolerante. Comprendía muy bien la conducta permisiva de su esposo, quien evitaba replicar la infancia violenta que había vivido con el abuelo de Fredo Caminante. De todas maneras, no podía quedarse de brazos cruzados mientras veía a su hijo fracasar.

—¡Ay, m'hija, no creo que ese sea el caso con Fredito! Además, no deberías preocuparte tanto. Ya lo aceptaron en la mejor universidad del país, va a ser de los primeros ingenieros contratados. No tiene competencia. —Casi provocó que su esposa se puyara el ojo con el maquillaje.

—Ni amigos ni novia ni nada. ¡Por favor, Danilo! ¡No seas tan ciego! Hasta yo tengo más *likes* que él. Y eso que no tengo muchas amigas. —La mayoría de sus amigos en

las redes eran parientes y una que otra conocida de toda la vida.

—¡Ay, madre! Ya vas a empezar con eso de las redes. Mira, yo ya me tengo que ir y tú tienes cosas que hacer. Ahora no es el mejor momento de discutir esto. Especialmente hoy que vienen invitados del partido. Acuérdate de que son muy importantes y no podemos quedar mal con ellos. Al muchachito hay que dejarlo vivir. Él debe tomar sus propias decisiones, si no, ¿cómo va a madurar? ¿O quieres que le pegue y lo insulte como mi papá hacía conmigo? —Se vio al espejo. Notó que tenía la misma calvicie a medias de su padre. La misma papada roja y temblorosa al hablar. La misma voz ronca, esa voz que tantas veces odió, esa que maldijo durante su niñez y su adolescencia—. Aunque me parezca a él físicamente, nunca voy a criar a mi hijo como él lo hizo conmigo.

—¡Tampoco seas exagerado! Es que me enojas cuando pones ese ejemplo. ¡Pareces matraca con eso! Solo digo que no estaría mal que, como padre, le dieras dirección. —Salió del baño envuelta en una bata blanca que tenía el nombre «Mayra» caligráficamente bordado en la manga derecha. Su mano de boxeador sostenía un cepillo de dientes que parecía fueete para domar caballos. Odiaba que Danilo justificara con su niñez violenta el exceso de placeres en la vida de Fredito. Ella también tuvo una infancia rural violenta. «Y no me ando quejando», solía decir.

—Bueno, bueno... relájate, no te pongas así. Voy a hablar con él, amor. Ahora, dame un beso. Sabes que no puedo trabajar bien si mi amor está enojada conmigo.

El diputado se acercó a su esposa y la tomó de la cintura. La atrajo con fuerza y decisión hacia su rostro redondo para darle un buen beso, de esos tronadores. Ella se tranquilizó, porque sabía que Danilo era un hombre de palabra.

—Bueno, pero nada de conversaciones a medias —sentenció apuntando con el cepillo de dientes a su esposo. Retornó al baño para seguir maquillándose.

10 —No, para nada querida. Esta vez, Fredito va a conocer de verdad a don Danilo Caminante Aguilar. El fuerte contra el delincuente. El sabio contra el ignorante. Y el... —Era el mismo discurso que iba a pronunciar en el trabajo unos momentos más tarde. A Danilo no le importó que su esposa le diera la espalda, simplemente continuó ensayando su discurso camino al desayunador.

Todas las mañanas, a pesar de que Fredo ya tenía su propio carro, y sin importar que fuera fin de semana, este compartiría tiempo de calidad con su padre el diputado. El diputado sabía que el próximo año sería el primero de universidad de su hijo y que probablemente ya no se verían tanto. La política es un trabajo que solo tiene hora de entrada, es por esto que el señor diputado dedicaba las primeras horas del día a su prioridad número uno: su hijo.

En la camioneta blindada de los Caminante había dos personas más. El primer sujeto era un *piloto automático* llamado Besti, que nunca hablaba, solo manejaba. Estaba programado para ser administrado por el señor diputado y su guardaespaldas. El segundo individuo se llamaba Ránfil, el guardaespaldas de estos y mejor amigo de Fredo.

—*Supermancito*, ¿cómo va el imperio? —No quería tocar el tema, pero si Mayra se enteraba de que no había hablado con su hijo... No veía nada malo con su hijo. Lo veía perfectamente bien, aunque su esposa no mentía: no tenía amigos. «Yo a su edad era igual», pensaba. Sin embargo, sabía muy dentro de sí que, aunque tenía amigos, nunca los veía debido al exceso de trabajo.

—¡Rebién, viejo! Ya tengo torres nivel seis, arqueros nivel siete... —Fredo contestaba sin levantar la vista de su celular. —Mis mineros ya recolectan el triple de recursos, y con el dinero que te pedí ayer, me conseguí un ejército de mercenarios... Ahora sí, los voy a *lasthitear*. ¡Hoy sí van a lamentarse todos esos niños rata!

—¡Eso, hijo! ¡Dales duro! —Pretendía comprender todas las palabras que su hijo decía. En realidad, ignoraba qué era eso de *lamear*, sonaba a inglés, pero de seguro era español. Y a esos niños rata se los imaginaba tal cuales—. ¡Muy bien, campeón! ¡Enséñales quiénes son los Caminante Aguilar! (Llegó el momento de la verdad. ¡Todo por ellas!)—. Hijo, podrías apagar un rato tu juego. Necesito hablarte, no es nada grave. —El trato que daba a su hijo era muy distinto al que les daba a sus trabajadores. Era gentil y paciente, e incluso toleraba los desprecios de su hijo. En cambio, en el trabajo no hubiera soportado que un trabajador no lo viera de frente mientras le hablaba. Eso le habría costado el despido inmediato.

—¡Ahorita no, papá! Estoy ganándole a un manco, no puedo perder esta conquista. —El mensaje de Ránfil apareció en la barra cronológica de su celular: «Chitón, Fre-

do, mire a su papá. ¡Tiene el tono :o!». —¡Está bien, está bien! Dime, papá, ¿qué pasa?

—Estuve hablando con tu mamá... —Nervioso ante la idea de quedar mal con su hijo, se aflojaba el cincho.

—¡No, otra vez con lo de la vida social! —interrumpió a su papá, y levantando los brazos al cielo dijo—: ¿Por qué me has dado una mamá así? —Sin embargo, lo confundió la expresión de su padre, que pasó de sorpresa a felicidad.

12 —¡Ah! ¿Ya sabes? —El señor diputado, aliviado al caer en cuenta de que su hijo ya sabía de lo que se trataba, pensó que lo mejor sería limitarse a recalcar la información más importante. De esta forma se ahorraría problemas con su hijo y reinaría la buena relación que existía entre ellos. —¿Entonces, qué? ¿Es un trato? Salir un poco más, o practicar deporte, conocer gente, o cualquier otra cosa que no sean videojuegos. Aunque sea en el condominio. O si quieres yo te pago las clases o los *hobbies* que quieras. ¡Hay *cash!* Y con lo de las mujeres... Yo sé que no tienes ningún problema con ellas, eres un Caminante Aguilar, ¡y los Caminante Aguilar pueden estar en la calle, pero nunca, jamás, sin la compañía de una bella dama!

—¡Está bien, papá! Ya lo hago —contestó Fredo de mala gana. Regresó a su juego en línea pensando que no haría nada de lo que le dijeran. De todas maneras, estaba por salir de vacaciones. Era injusto que le pidieran eso a estas alturas del año. «En balde pasé tanto tiempo en el pozo de horas, ganando tantos recursos en línea; tanto trabajar para que en las vacaciones no los pudiera usar», pensó, mientras su padre creía que todo estaba bien.

—¡Ese es mi campeón! Me gusta tu actitud. Sabía que entenderías pronto. Así, los dos nos evitamos clavos con tu mamá. Ya sabes que ella, por ser mamá, se preocupa más de lo que debería. Si por mí fuera, ni siquiera hubiera tocado el tema. Yo sé que no tienes ningún problema, ¡si eres un campeón! —Acompañaba la oración empuñando una mano. En realidad, más que para halagar a su hijo era para envanecerse, ya que sin su ganadora y varonil semilla nunca habría nacido su campeón.

—¡Sí, pa...! Pero, por favor, haz que Besti me deje un poco más adelante del portón. —Besti sustituía el uso de un asistente personal. Conectaba todas las herramientas tecnológicas de la familia Caminante, de tal manera que hasta los vehículos funcionaban por comando de voz.

—Sí, hijo, ¡por supuesto! Besti, adelantarse un poco más. —El tablero del carro y los celulares de todos los ocupantes del vehículo dieron la notificación al mismo tiempo, y después surgió un mensaje que anunciaba que la orden había sido aceptada. Por lo tanto, el carro aceleró y siguió más allá del frente de la entrada del colegio.

—Por aquí está bien. ¡Nos vemos...! ¿Vos venís por mí verdad, Ránfil? —La pregunta era innecesaria. Ránfil tendría que ir por él; sin embargo, la hacía para evitar a los chicos populares de su salón, quienes pasaban junto al carro.

—Sí, don Fredito, no se preocupe. Hasta molesta la pregunta —respondió Ránfil, mostrándose incrédulo—. A la una y media ya estoy por acá.

El hogar de los Caminante Aguilar estaba colmado de carros lujosos. Era una casa bastante grande, situada en una de las zonas más modernas y prestigiosas de Ciudad Urbana. De hecho, el complejo residencial de la familia Caminante era el único de toda la metrópoli con tecnología autosostenible. De más está mencionar que los residentes de este lugar eran diplomáticos y extranjeros importantes.

14

La mayoría de los invitados que ingresaban al hogar de los Caminante Aguilar por primera vez y veían todos los artilugios exclamaban:

—¡Qué bonito condominio, Mayrita! Uno se siente como en otro mundo. De verdad que estos condominios-domo son muy sofisticados. ¡Y lo mejor es que salvan al planeta!

—¡Los felicito! Este condominio sí que demuestra su calidad de personas. Solo la gente inteligente puede tener acceso al Besti. Yo no sé qué haría sin esa cochina aplicación, he tenido miles de asistentes humanos... ¡y nada!

—¡Mayrita, tú y tu esposo tienen este hogar porque siempre han sido personas trabajadoras y honradas! Ya verán que el próximo año vamos a quedar otra vez en el Gobierno, ¡y más bendición va a caer sobre su hogar!

La multitud de sirvientes y de mayordomos se movía de una parte a otra de la casa. Intentaban ejecutar todas las acciones que Besti les notificaba. La aplicación era capaz de identificar las necesidades de los invitados. Lo hacía por medio de micrófonos y cámaras que había en toda la residencia.

El menú estaba colmado de jamones importados y de primera calidad, ensaladas mediterráneas, pan mandado a hornear a un monasterio antiguo especialmente para la ocasión. Los acompañamientos estaban servidos en la mesa que era larga y lujosa, parecían adornos más que alimentos. Todo era suntuoso.

El olor del pavo escapaba del horno, colmaba la casa y la impregnaba de un ambiente muy acogedor, muy contrario al frío neblinoso de la calle. El clima era normal para la época, aunque fuera del domo siempre hiciera calor. De hecho, Ciudad Urbana era la capital de un país tropical, donde nunca caía nieve ni hacía frío en el otoño. Solo calor o lluvias.

Los asientos fueron asignados previamente para evitar roces entre miembros del partido que no congeniaban. Los invitados, ya en sus lugares a la mesa, no paraban de hablar. El murmullo se oía hasta la calle.

Doña Mayra revisaba que todo estuviera en orden para poder sentarse y conversar con sus amigas. No obstante, algo le hacía falta. Había algo que no cuadraba... «¡Claro! ¡Fredito aún no baja!», gritó alarmada en su interior. Rápidamente llamó disimuladamente a una sirvienta.

—¿Por qué no le ha avisado al nene que ya está servida la comida? —susurró al oído de la mujer, aunque más bien parecía gritar.

—Seño, ¡qué pena con usted! Ya le avisamos más de cien veces, hasta por el chat, pero el joven no abre la puerta. Parece que bloqueó su Besti. Y desde fuera de su cuarto se escuchan sus juegos a todo volumen... ni si-

quiera responde —explicaba en voz bajita y con una sonrisa la sirvienta, pues entendía la importancia que tenía para su patrona el dar la impresión de perfecto orden a los invitados.

Sin llamar la atención, doña Mayra Caminante se levantó de la mesa.

—Me van a tener que disculpar, en un momento vuelvo —dijo con gesto triunfal, mientras unía sus manos y disimulaba lo irritada que estaba. No le gustaba que las cosas se salieran de control.

16

—¿Todo bien, amor? —inquirió el señor diputado, un tanto ebrio por el vino, sin saber que su esposa quería pasar desapercibida. Sin embargo, esta pregunta dirigió la atención de todos los invitados a la esposa del señor Caminante.

Con sorpresa cubierta de felicidad, Mayra Caminante respondió a la impertinente pregunta de su indiscreto esposo:

—Todo bien, querido. Solo necesito darles el último vistazo a los postres. —Al terminar apretó la boca para que su voz adquiriera el tono que le permitiera a su esposo comprender que algo andaba mal.

—¡Ay, querida! Tú siempre tan perfeccionista. Ven, siéntate, deja que la servidumbre se encargue. —El diputado había metido la pata, por lo que recibió un puntapié por debajo de la mesa. Su esposa le señaló con la mirada el asiento vacío de su hijo—. ¡Ay! Cierto, querida, tú sabes lo que haces. Esperaremos unos minutos más la comida, señores. Disculpen, esto solo durará

mientras se efectúan los arreglos finales. Mesero, traiga más *carpaccio* para los invitados, por favor. —Con esta orden, el señor diputado le permitió a su esposa ganar varios minutos.

Subió los tres pisos furiosa, con fuertes pasos que tenían como fin asustar a su hijo. Doña Mayra golpeó con fuerza a la puerta. Tal como en los intentos anteriores de la servidumbre, no se abrió. Doña Mayra pegó la oreja a la puerta y escuchó disparos, música a todo volumen y gritos insultantes de su hijo.

No era la primera vez que ocurría esto con Fredo, así que doña Mayra ya sabía que algunos puntapiés en una esquina de la puerta remediarían tal insolencia, ya que ocasionaban tanto ruido y estremecían tanto la habitación que ni el televisor impediría que Fredo los oyera.

Doña Mayra sonreía, pues su plan nunca le fallaba. El ruido fue tal que hasta los invitados se sorprendieron. Curiosos por saber qué ocurría con su esposa, observaron inquisitivamente al señor diputado, quien sagazmente contestó:

—Los perros de la casa. Los pobres se agitan tanto al sentir el olor del pavo que más bien parecen toros. ¡Ay! ¿Se acuerdan de aquella vez que fuimos a repartir guacales gratis en aquella comunidad del desierto? La gente casi nos lincha por no entregar rápido los regalos. Y cuando por fin llegaron, un borracho se subió al camión y se los robó. ¡Cómo corrimos todos tras ese bendito camión con toda la genta persiguiéndonos! Y nos gritaban: «¿Dónde están nuestros guacales? Ya oímos sus cuentos,

ahora regálenos los guacales». —Todos los invitados rieron y olvidaron el escándalo previo. «¡Abrí esa puerta, hijo, si no a los dos nos va a ir feo! Y hoy que quería dormirme temprano», lamentaba en sus secretos pensamientos el diputado, contrario a lo que su mentirosa sonrisa les decía a sus colegas.

18 Por fin, Fredo escuchó los golpes. Parecía un exorcismo. Se espantó. «¿Quién será? Hoy fue mi último día de clases. ¡No tengo nada que hacer, son vacaciones! ¡Que no molesten!», pensó. Al abrir la puerta se topó con el rostro amenazante de su madre.

A sabiendas de lo que le esperaba, Fredo utilizó el recurso básico: voz de niño. Doña Mayra chispeaba en su interior, la dulzura fingida ya no servía. Agarró a su hijo del brazo y lo metió de vuelta a la habitación, pues había que impedir que los invitados escucharan.

—¡Y ni siquiera está cambiado! ¡Qué irresponsabilidad de su parte, qué falta de aprecio por sus papás! ¿Qué le dije en la mañana? —Más que una pregunta era una acusación. El dedo de su madre, rematado por una uña pintada de rojo, parecía una lanza que lo encaminaba hacia la guillotina.

—No me dijiste nada, mamá— mintió seriamente.

—¡Nada será tu cabeza! —Acompañó su afirmación con un ligero golpe a la testa de su retoño.

—Mamá, hasta ahorita hablamos. En la mañana solo vi a mi papá —mentía con los brazos abiertos.

—¡No te hagás el loco, Juan Fredo Caminante! —Los ojos de doña Mayra parecían dos cañones a punto de dis-

parar. Y las venas de sus ojos se encendían como mechas de cartucho.

—¡No, mamá! En serio que no me dijiste nada —mentía de nuevo el hijo, mientras doña Mayra daba golpes más rápidos con el zapato.

Inmediatamente, doña Mayra, como fiscal general, desbloqueó su celular y le mostró la conversación del chat.

—¿Y esto qué es? ¿Juan de los palotes me contestó? —Había hecho una captura de imagen por si a Fredito se le ocurría negar la conversación. Ya varias veces había pasado que Fredo sacaba el celular de la bolsa de su madre para borrar las conversaciones. De esta manera, se había salvado de muchos compromisos.

—Eh... —La nariz aguileña de Fredo lo delataba siempre que mentía. Era un tic de los Aguilar quienes, cuando mentían, arrugaban la nariz que les daba brinquitos. Justo ahora lo delataba.

—Es que ya me tenés harta con tus jueguitos. Ya no tenés diez años, Fredo. Ya sos un hombre que se tiene que responsabilizar. El otro año es tu primero de universidad. ¡Ya vas a ser un profesional! ¿Qué vas a hacer con tus jefes o tus clientes? ¡No podés vivir como un ermitaño solo jugando este cuento! —Doña Mayra no quería voltear a ver al verdadero responsable de que su hijo no bajara... la videoconsola, como tampoco deseaba que este se convirtiera en un antisocial, o como una amiga la corrigió: un asocial.

Cabizbajo, Fredo Caminante le respondió a su mamá con una solución con la que solo él ganaba:

—¡Perdón, *mom!* Bajo en cinco minutos, solo termino esta partida, me baño rápido y bajo. —Le pareció que su mamá nunca se negaría a tal trato. «Además, ¿yo qué culpa tengo? No soy el diputado», reafirmó en sus pensamientos como para refrendar la que le parecía una buena oferta.

—¡Nada qué cinco minutos! ¡Ahorita mismo baja usted, señor! ¡Y si no apaga ese cuento ahorita, se lo tiro a la basura! —La vena en la frente de su madre le demostraba a Fredo que se trataba de una amenaza seria, aunque ya en varias ocasiones ella había simulado estar molesta con tal de obtener algún favor tecnológico de su hijo.

20

—¡No, *ma!* ¿Cómo vas a creer? Solo déjame que termine de *counterjunglear*. ¡En serio que me ha costado mucho llegar hasta donde voy! Estoy a punto de ganarle a mi archienemigo, ese *chino farmer* de..., hoy es mi día, mamá. —Intentó conmové a su madre. Tenía fe en que ella comprendiera la importancia de esta partida. Había trabajado desde principio del año por superar a este, o esta, que probablemente era niña rata, china farmer, *Oldiemogurr!78908isyourdaytodie*.

—¡Yo ya le dije! No me voy a mover de acá hasta que se cambie y baje. —Doña Mayra estaba plantada en su decisión. Firme, con la mira apuntando directo al corazón.

—¡Bueno! Entonces vas a tener que verme *counterjunglear*. Esto es cuestión de vida o muerte, y no pienso discutir contigo algo que nunca vas a entender —dijo, resuelto a hacer su voluntad. Fredo se sentó otra vez en su *bean bag*. Pulsó de nuevo la pausa y empezó a jugar. Mientras, doña Mayra solo observaba fijamente a su hijo,

quien ingenuamente había restado importancia a la amenaza de su madre.

—Por las malas quiere usted, ¿verdad? —Entonces, Mayra coge la consola, sin desconectarla, jala tan fuerte de los cables que arranca el televisor de la pared. Los invitados obvian el estruendo, pues creen que son los perros. Alguno que otro imagina que tienen leones en vez de perros, dada la intensidad del ruido.

—¡No, mamá! [Y el siguiente grito en cámara lenta]: ¡Nooo...! —«Es un delito mortal», piensa mientras ve a su madre tirar de los cables de la pared, cual zombi que desmembra a sus víctimas. No podía creerlo, fue una «mutilación total» que hizo lanzar chispas que rebotaron en la piel de Fredo al romperse los cables.

Marya de Caminante abre la ventana de un golpe, lanza la consola desde el último piso de la casa. A Fredo solo le queda observar cómo ejecutan a su amor, ver a esa víctima inocente lanzada al viento, como inocente acusada de bruja arrojada injustamente del peñasco.

—¿Y sabe qué, Fredo? Ya ni se molestó en bajar, es su decisión si quiere seguir viviendo puro marrano. ¡Desde hoy ya no voy a ser tolerante con usted! Lo hemos consentido demasiado y por eso cree que puede seguir encerrado en sus munditos de fantasía. Mañana hablamos a primera hora. —Fue terminante. Mayra se ufanaba de ser muy amigable, pero cuando alguien la llevaba a sus límites se convertía en una fiera.